

ALGUNAS ANOTACIONES ACERCA DE LA CONCEPCION FOUCAULTIANA DEL PODER

Carlos Molina Jiménez

El pensamiento político occidental, particularmente el moderno, suele tratar la problemática del poder en relación con la cuestión del estado. Tanto es así, que el poder estatal funge normalmente como el modelo de referencia para concebir el poder como tal.

Al interior de este planteamiento pueden señalarse dos versiones diferentes. Una de ellas destaca el papel que *de hecho* despliega el poder del estado en las sociedades. Se lo presenta así como la fuerza física más poderosa dentro de un territorio dado, y se lo vincula sobre todo con funciones de mando directo e irresistible, las cuales implican el ejercicio de la coerción, la represión y la imposición. La génesis de tal poder se visualiza como un hecho natural, como el resultado necesario de la confrontación de las fuerzas sociales. Y su justificación se deriva de la certeza de que, sea como fuere, sólo él garantiza la paz, el orden y la seguridad de los ciudadanos. Hobbes, Maquiavelo, y en menor medida Bodin, son los representantes típicos de esta corriente.

La otra tendencia arranca del problema de la legitimidad del poder político. La cuestión es, entonces, cuándo están los particulares en el deber de prestar obediencia a las autoridades públicas, y cuándo, por el contrario, están éticamente facultados e incluso obligados a desobedecerlas. Esta cuestión se enmarca generalmente dentro del cuadro de un derecho preestablecido que norma y regula las relaciones sociales. Tiene particular importancia dentro de este cuerpo de estipulaciones, la tesis de

que el poder político ha de estar ordenado siempre a la consecución del bien común o a la defensa del interés general. Sobre esta base, el consentimiento de los gobernados adquiere una relevancia fundamental: es la principal fuente de legitimación del poder político, en tanto significa el reconocimiento por parte de la población de que ese poder está cumpliendo debidamente la función que le corresponde. Las doctrinas políticas liberales e ilustradas y, en forma particular, Locke, son típicos representantes de esta posición¹.

Ambas perspectivas, que podríamos llamar, respectivamente, «factualista» y «axiológica» han circunscrito el ámbito dentro del cual se discute, en términos políticos, la cuestión del poder. Ulteriormente han surgido variantes, correcciones, combinaciones de estas dos posturas que han tratado de mejorar su capacidad explicativa o de adaptarlas a las transformaciones ocurridas en la realidad. Así, por ejemplo, el marxismo clásico supedita el poder del estado, a título de instancia crucial, a una dominación de clase económicamente determinada. El pluralismo norteamericano indica que existen en la sociedad otras instancias detentadoras de poder, capaces de influir y condicionar la acción estatal. Gramsci elabora una síntesis de ambas posiciones, anotando que el poder del estado se sustenta tanto en la coerción como en el consenso... Sin embargo, pese a tales modificaciones, los lineamientos fundamentales definidos por aquellas doctrinas básicas se mantienen. Se sigue, en efecto, planteando los mismos interrogantes, considerando el mismo orden de fenómenos, empleando las mismas categorías, tratando los mismos tópicos y acudiendo, en general, al mismo tipo de explicaciones, etc.

En relación con este cuadro tradicional, el planteamiento de Foucault resulta sustancialmente novedoso. Inspirándose en Nietzsche, él formula una visión no estatista del poder social; la cual no solo conduce la reflexión a ocuparse de algunos fenómenos de poder usualmente desatendidos y a poner de relieve modalidades de dominio prácticamente ignoradas, sino que su particular enfoque cuestiona radicalmente algunas de las principales conceptualizaciones de las teorías matrices. Con todo ello, logra bosquejar una concepción de este asunto que podría dar cuenta, de manera más satisfactoria que aquellas, de ciertos aspectos claves pero poco llamativos de la realidad del poder; que permitiría acceder a niveles más profundos en el análisis de esta problemática; y que haría posible una mejor comprensión de las formas que reviste el poder en las sociedades actuales.

¿Cuáles son los desplazamientos metodológicos y temáticos que llevan a Foucault a obtener tales resultados?

Creo que han de señalarse ante todo los siguientes:

- Su negativa a considerar en primer lugar la manifestación más plena y notoria del poder en la vida social, a saber, el poder estatal en tanto se ejerce como soberanía implantadora de la ley y garante del orden colectivo global. Correlativamente, su atención se centra sobre todo en fenómenos de poder relativamente marginales, como la cárcel, el asilo, el hospital, la escuela, etc. Las consignas metodológicas de Foucault son estudiar el poder de «abajo hacia arriba» y partir de aquellos puntos donde las resistencias locales que él genera delatan su presencia en acto².
- La recuperación foucaultiana de una forma de poder virtualmente desconocida por la teoría política. Me refiero al poder pastoral. Este fue desarrollado en el seno de la tradición cristiana, aunando elementos propios de esta creencia con ingredientes procedentes de la filosofía grecorromana. Lo específico de este modo de poder, es que está intrínsecamente programado para prestar atención individualizada a los seres humanos, así como para penetrar en el mundo interno de sus deseos e intenciones. Según Foucault, el pastorado, con las tecnologías que lo hacen posible, ha sido reinsertado en la cultura moderna, pero «mundanizado» amplificado y perfeccionado gracias al saber que proporcionan las ciencias humanas³.

Sobre la base de la información aportada por estas innovaciones temáticas y metodológicas, Foucault plantea su concepción del poder; cuyos caracteres más originales trataré de destacar a continuación:

1. De acuerdo con Terán, en oposición a las teorías jurídico-discursivas tradicionales, Foucault presenta una conceptualización *tecnológica* del poder que permite «presenciar el juego de las fuerzas tácticas y estratégicas desplegadas en profundidad en el colectivo social»⁴. En efecto, la misma terminología foucaultiana muestra una reiteración constante de conceptos como «técnica», «tecnología», «mecanismo», «dispositivo», «táctica», «estrategia»; lo cual revela una categorización de las cuestiones en términos práctico-activos y no esencialistas-contemplativos.

2. La indisoluble imbricación del saber con el poder. A diferencia del planteo acostumbrado en nuestra cultura, que presenta estos dos ámbitos como distintos y hasta excluyentes, Foucault los concibe como las dos caras de una misma moneda. El saber requiere del poder y viceversa. El primero produce las verdades que el segundo ha de utilizar; y este último determina la agenda que aquel habrá de desarrollar. La verdad misma, en su formalidad constitutiva, está codeterminada por requerimientos cognoscitivos y requerimientos de poder⁵. «El poder produce saber;... poder y saber se implican directamente el uno al otro;... no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder»⁶.
3. El carácter minucioso de la concepción foucaultiana sobre este particular. Nuestro autor está interesado en captar las relaciones de poder de cualquier tipo que se dan en todos los niveles, aun en los más ínfimos, del tejido social. Se trata de visualizar un ejercicio de poder «reticulado, táctico, metódico»⁷ que llega hasta los más finos detalles de la existencia. Se pretende poner de relieve el funcionamiento capilar del poder, con el fin de constituir una *microfísica* capaz de proporcionar un mapa pormenorizado, analítico, de las pequeñas bases que sustentan el fenómeno en estudio⁸.
4. El poder es presentado como careciendo de un centro predeterminado. Toda centralidad que en él se presente, será un producto a posteriori, fruto terminal del mismo proceso. Pero en su realidad primaria el poder supone una multiplicidad de centros; lo cual significa, en rigor, que está privado de centro. Por esta razón en materia de poder no se aplica la ley del todo o nada⁹. Pueden caer así instancias aparentemente fundamentales, pero ello no hará más que revelar que no eran tan fundamentales como se creía. Este planteo subvierte dos conceptos claves del pensamiento político occidental: la idea de estado (en la medida en que este aparece como una realidad derivada) y la idea de revolución (en cuanto la toma del poder no resulta posible).
5. Foucault no presenta el poder en términos negativos, jugando una función básicamente restrictiva. Para él el poder es productivo. Genera las identidades que individualizan a los seres humanos y la normalización de la vida social, con la consiguiente partición dicotó-

mica de la población en términos de incluidos/excluidos. Es el poder el que convierte a los individuos en «sujetos», en su doble significación de «objetos de sujeción» y de «atados a una identidad socialmente atribuida»¹⁰. Ejerce de este modo un efecto que, resulta simultáneamente, individualizador e integrador-totalizante.

La noción de *disciplina* es clave en este contexto. Refiere a ciertas técnicas de poder que operan analítica y minuciosamente, llegando al nivel de la singularidad y el detalle. Los individuos constituyen su presa, instrumento y producto; pues son cincelados por los efectos de poder que ellos transmiten y actualizan en sí mismos. Las disciplinas conforman, según una racionalidad heterónoma, coactiva, diferentes dimensiones de la vida del individuo: su actividad, uso del tiempo, manera de ser, utilización de la palabra, ejercicio del cuerpo y sexualidad. Implican un aprendizaje (prolongado y fortalecido por el hábito) que lleva a los individuos a integrarse a las exigencias generales del poder, a actuar por sí mismos de acuerdo con estas. Los disponen, así, para ser controlados, inspeccionados y corregidos. Los tornan dóciles y útiles, aumentando su aptitud (al conferir aplicación, exactitud y regularidad a su conducta) y menoscabando su capacidad de ofrecer resistencia. Las disciplinas invisibilizan el poder porque se fusionan indiscerniblemente en el tejido de la multiplicidad social, articulándose discretamente a las demás funciones que esta ejecuta. Con ello el poder deviene coextensivo a dicha multiplicidad, da lugar a una suerte de microfascismo de la vida cotidiana. Pero al mismo tiempo que encubren el poder, las disciplinas (entendidas ahora en el sentido intelectual de la palabra) objetivan al dominado: lo hacen visible, exponiéndolo inexorablemente a la mirada escrutadora de la autoridad y documentando su historia. Ellas son, pues, técnicas que permiten constituir a los individuos como elementos correlativos de un poder y un saber; representan bloques de poder-saber que cada ser humano pone en obra en su propio caso para forzarse a ser según su propia verdad externamente atribuida. Al hacerlo se individualiza integrándose. En un orden social que se proclama igualitario, sustentado en la reciprocidad y el contrato, las disciplinas introducen silenciosamente la disimetría, la obligación unilateral y la obediencia automática¹¹.

6. Foucault concibe el poder en sí mismo «como un modo de acción sobre las acciones de otro»¹²; el cual involucra «estructurar (su)

posible campo de acción»¹³ y asegurar, en términos probabilísticos, los resultados de su actividad. Ello supone que quien está sujeto al poder es un agente activo que cuenta con posibilidades propias; y que quien ejerce el poder puede influir determinantemente sobre esas posibilidades y sobre la acción que el otro despliega a propósito de ellas -pero sin anular nunca la libertad que procura a este su calidad de agente activo y su dotación de posibilidades-. En este sentido el poder sólo existe en acto, es decir en tanto en cuanto se ejercita; no es un bien ni una posesión ni un derecho. Se materializa por medio de las estrategias y tácticas¹⁴ que permiten, en los hechos, la preponderancia de uno sobre el otro, el establecimiento de una relación desigual entre ellos (estos actores pueden ser individuos o colectividades). Las relaciones de poder están así siempre subtenidas por relaciones efectivas o virtuales de enfrentamiento, que significan una posibilidad constante de inversión del vínculo y un límite permanente a sus ímpetus expansivos. Por esto el modelo apropiado para pensar sobre el poder, es el de una batalla perpetua¹⁵ donde los resultados obtenidos, por estables y consolidados que parezcan, siempre están en cuestión, dependiendo su destino ulterior del decurso de la confrontación.

Para Foucault el poder no es ni consenso ni violencia ni ambas cosas a la vez; aunque tanto el uno como la otra pueden ser eventualmente sus instrumentos. No constituyen, sin embargo, notas indispensables de su naturaleza básica¹⁶. En este sentido, las dos grandes corrientes del pensamiento político antes mencionadas, tienden, por confusión conceptual, a reducir el poder a algo diferente de sí mismo.

Esta concepción foucaultiana del poder que he bosquejado mediante unas rápidas (e insuficientes) pinceladas, tiene el mérito, a mi juicio, de haber tornado visible la parte oculta del iceberg del poder: aquella que se ejerce, no en las grandes coyunturas históricas de manera espectacular sino módica y calladamente en las rutinas de la cotidianidad. Como sucede con los icebergs reales, probablemente sea esta porción que permanece bajo la superficie, la que representa el mayor trozo de la masa total y la que sirve de fundamento al fenómeno en su conjunto. Recordemos por ejemplo, que la fuerza coactiva del estado sólo resulta funcional si es posible aplicarla en forma localizada, porque la mayor parte de la población presta su aquiescencia. Foucault, a mi entender, ha contribuido

significativamente a echar luz sobre esos mecanismos de poder que se ejercen, no *contra* los rebeldes, sino *sobre* los sumisos, para hacer posible y permanente su estado de sumisión.

Por otra parte, es necesario anotar que el aporte de este pensador ha sido muy oportuno. Nuestro siglo se caracteriza, entre otras cosas, por un acrecentamiento extraordinario de los recursos de poder de todo género. No en vano ha sido el siglo del fascismo, del estalinismo, de la propaganda y de la publicidad. Por esta razón, tiene un enorme valor para nosotros el planteamiento foucaultiano, en la medida en que entrega herramientas conceptuales que hacen posible mejorar nuestra comprensión del fenómeno del poder.

NOTAS

Advertencia: en estas notas las obras citadas se aluden mediante el número de orden asignado a cada una de ellas en la bibliografía.

1. 9, pp. 72-73.
2. 10, p. 70.
3. 4, p. 94.
4. 10, p. 70.
5. Walzer, Michael, **La política de Michel Foucault**; y Hacking, Ian, **La arqueología de Foucault**. En 1, pp. 44 y 75.
6. 5, p. 34.
7. **Op. cit.**, p. 202.
8. Esta concepción minuciosa del poder, corresponde muy apropiadamente a la sociedad actual que Foucault caracteriza como una sociedad panóptica. Le aplica dicho calificativo porque se trata de una formación social que resulta crecientemente transparente para el poder, en cuanto proliferan mecanismos de vigilancia dirigidos hacia el hombre común. Foucault observa que en épocas anteriores (premodernas) se individualizaba a las grandes personalidades, mientras que ahora ello se hace con la persona corriente, por medio de las encuestas, sondeos, registros médicos, escolares, financieros, etc. (7, 4to. documento, p. 5).
9. 5, p. 34.
10. 2, p. 94.

11. En las obras consultadas, donde se ofrece un tratamiento más amplio del tópico de la disciplina es en 5, pp. 139-230.
12. 2, p. 103.
13. **Ibid.**
14. A nivel táctico y en las estrategias de corto alcance, los individuos y los grupos pueden intencionalizar sus relaciones concretas de poder; pero todos ellos están atrapados en la inmensa red del poder social, de tal manera que no pueden determinar el sentido final de sus acciones. Conforme nos vamos separando del nivel primario de las relaciones interpersonales, el poder asume el aspecto de una «estrategia sin estratega» (7, 4to documento, p. 4).
15. 4, p. 33.
16. 2, p. 102.

BIBLIOGRAFIA

1. Couzens, David (comp.), **Foucault**, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.
2. Foucault, Michel, *El sujeto y el poder*. En Torres-Rivas, Edelberto, **Política. Teoría y métodos**, EDUCA, San José, 1990.
3. _____, *¿Por qué estudiar el poder? La cuestión del sujeto*. En **Plural**, # 214, México, 1990.
4. _____, **Tecnologías del yo y otros textos afines**, Paidós, Barcelona, 1990. (Introd. de M. Morey).
5. _____, **Vigilar y Castigar**, Siglo XXI, México, 1976.
6. _____, **Un diálogo sobre el poder**, Alianza, Madrid, 1988 (3era. reimpresión). (Introd. de M. Morey).
7. George, Larry, **Apuntes de clase**, UNA, Heredia, 1992.
8. Juárez, Antonio y Bustos, Xóchitl, *La genealogía pastoral del poder político*. En **Plural**, # 240, México, octubre de 1991.
9. Molina, Carlos, *Estado y violencia en el pensamiento de Antonio Gramsci*. En **Nuevo Humanismo**, # 3, EUNA, Heredia, 1984.
10. Terán, Oscar, *Foucault: Genealogía y microfísica del poder*. En **Dialéctica**, # 7, México, 1979.